

Que al cético inflyjo de sus ojos
 Se empujan las cristaleras,
 La nieve se calienta
 Se combalione el seno
 Virginal de las selvas,
 Y se empujante con ardientes acunas
 El corazón de la rebelde femina.
 Que al rayar de su lesta iluminada,
 Rebatan de las frentes
 Las más bellas coronas,
 Las liberos se barren,
 Replieque sus insignias
 La faz del estandarte,
 Y vuelen las simbolas ilustres
 Sobre sus pechales...
 Yo quiero un vencedor de toda cosa,
 Donador de serpientes,
 Trajoneador de abismos,
 Encendedor de astros;
 Y que rompa una cósmica fonia,
 Como el derrumbe de una inmensa torre
 Con sus cien mil almenas de cristaleras,
 Quebrados en la bóveda infinita,
 Cuando el gran vencedor doble y deponga
 Cabe mi planta sus rodillas inclinas.

He aquí a su héroe. He aquí al caballero de su enorme aventura. El arquetipo, al que ella fuera

capaz de "ofrendar la sangre de sus venas para su idolatría".

Pero, señoras y señores, ¿habéis pensado alguna vez en lo que significa el retorno de estas almas errantes a la realidad cotidiana, después de sus maravillosas ascensiones? "¡Inexorable fatalidad de la belleza! ¡Nacer sensible es nacer herido!" Y cuanto más honda la herida, más honda la majestad del canto. Así *la enfermeada de la madreperla* y *la reguera del ruiseñor*. Y después del canto, la noche infinita del pájaro divino.

Se afirma de Wágner que a pesar del arresto impulsivo de su temperamento y del trágico exclusivismo de su ideal, era tan profunda su sensibilidad, que palidecía frente a una flor tronchada, o ante el sufrimiento de una bestia. María Eugenia, lo sabéis bien los que fuisteis sus amigos o amigas, "sufría" también una sensibilidad quebradiza y enferma. Su lira exaltada, silenció demasiado el acento humilde, el ritmo íntimo y emocionado, el acorde "normal" con que se expresa el sentimiento básico de los humanos y la sociedad. La épica de Ada Negri, por ejemplo, no se desmedró sino que se complementó con ese acento. ¡Lástima de nuestra poetisa! Pero fué víctima principal la propia inspirada. Su excepciónísima idiosincrasia personal, la impelió hacia rumbos helados. Yernos a los que sólo atemperaba el lejano resplandor de su genio. Multiplicaron su sacrificio el decoro, la dignidad y la nobleza, que fueron también características ingénitas de su